

LOS HERMANITOS

# Tueñ & Queré

SE PERDIERON EN EL BOSQUE

Encuentra más cuentos en:  
[www.soledadgasman.com](http://www.soledadgasman.com)

SOLEDAD GASMAN  
Ilustraciones: Carola Gasman

LOS HERMANITOS

Tucú &  
Queré

SE PERDIERON EN EL BOSQUE

© SOLEDAD GASMAN, 2020

Tucú & Queré pertenece al libro de cuentos

de la autora: ECOCUENTOS

Ilustraciones: Carola Gasman, 2019

Edición: 2020

Registro de Propiedad Intelectual N° 260.859

ISBN 978-956-9205-66-8

**SOLEDAD GASMAN**

Ilustraciones: Carola Gasman

Cuando el sol empezaba a preparar sus rayos de luz para irse a la cama, las hermanas Chonchón -que vivían en medio del bosque entre cerros y quebradas- escucharon a la mamá tuquíquere llamando a sus dos pichones-

-Tucú, Querrrrré, Tucú, Querrrrré -repetía para que se vinieran a acostar.

Las Chonchón sabían que los pichones no podían pasar la noche solos. Habían escuchado decir que el lobo se los podía comer. Así es que se fueron al bosque a buscarlos. Atravesaron el espinal y la primera quebrada. Miraron bajo el molle cuyas hojas ondulaban al viento como polleras.



-ShhhhhhhhhKKKK -les dijo la lechuza con su cara de corazón, desde lo alto del molle.  
Ella había estado durmiendo todo el día.  
Entonces, apareció en el cielo el tiuque de garras largas y se posó orgulloso e indiferente en una rama para que lo miraran.  
-Señor tiuque buscamos a Tucú y Querré... ¿los has visto? -le preguntó una de las Chonchón, mientras la otra se escondía porque las garras del tiuque le daban miedo.  
-Dyui, dyui, jua,jua,jua... -les explicó el tiuque.  
En la mañana los pichones estaban jugando bajo el olivo del cerro, donde también

había visto pasar al lobo.  
Los niñas se miraron. Giraron sus cabecitas. En la cumbre del cerro se divisaba el viejo olivo solitario que de tan viejo ya no entregaba aceitunas. ¿Alcanzarían a llegar antes de que oscureciera? ¿No estaría merodeando por ese lado el lobo? La menor Chonchón levantó los ojos. Casi todos los rayos de luz se habían ido a acostar. A ella no le gustaba la oscuridad y se puso a llorar. Su hermana la tranquilizo. Si no encontraban a los pichones en el olivo se devolverían inmediatamente.



Subieron al trote hasta el boldo que estaba a mitad de camino. El árbol agitó sus hojas brillantes y les repartía su perfume, cuando llegó la tenca y su amigo el tordo a conversar en una de sus ramas:

-Cu-ra-taauuuou -dijo el tordo a toda velocidad.

-Crrr-crrr-crrrrrr -contestó la tenca subiendo y bajando el tono de sus palabras.

Debían dirigirse a la aguada de las pataguas, allá donde el lobo solía esconderse para atrapar sus presas.

-Si lo encontraban, lo perseguirían con un palo o le tirarían una piedra, pero a los pichones no los podían abandonar -se dijeron las Chonchón dándose valor.

Antes de que todos los rayos de luz se fueran a dormir, se fueron hacia la aguada. A poco andar se les agregó la mamá tucúquere. La tenca y el tordo llevaban la delantera. Volaban de espino en tebo señalando el camino más corto. Al pasar otra quebrada, el tiuque y la lechuza se sumaron.



El grupo completo llegó a las pataguas. Hurgaron en la arena, debajo de los troncos de los árboles caídos, arriba en las ramas más altas, mientras el aullido del lobo no cesaba. Cada uno buscaba en distintas partes hasta que de pronto, las hermanas escucharon un quejido:

-Tucúuuu-qrrrr -apenas se oía el llamado.

Escarbaron y escarbaron mientras los pájaros llamaban a los pequeños. En ese momento, una patagua viejita, la primera que había crecido ahí les dijo:

-Busquen bajo mis raíces. En el hueco pequeñito, ahí llegaron a esconderse del lobo.

-¡Aquí están los pichones! -gritaron las hermanas Chonchón al unísono.





¡Cómo piaban contentos al sentirse acompañados y seguros!  
El aullido del lobo se escuchó a lo lejos. Se venía acercando. Debían regresar lo antes posible. Los pichones subieron a la espalda de su mamá y el tordo emprendió el vuelo para señalarles el camino cuando el último rayo de luz se acostaba y unas estrellitas pequeñas empezaban a sonreír en el firmamento.